

# El rostro de mi padre

Jacobo Cardona Echeverri

Antropólogo y escritor, jcardona.echeverri@gmail.com

*Un cuerpo humano medio contiene suficiente azufre como para matar a un perro.*

**Olga Tokarczuk, Los errantes**

Yo tenía dieciséis años y una tractomula había despedazado a un loco que, desorientado, vagaba por la autopista. El sanatorio se hallaba localizado en las afueras del pueblo y de vez en cuando alguno de los enfermos lograba llegar al parque principal. Siguiendo las luces, decía la gente. Mi padre me llevó a verlo. Sin bajarme del auto, a través de la ventanilla, vi una pierna separada del resto del cuerpo atravesada en la carretera y más adelante una masa sanguinolenta. La gente miraba como hipnotizada y algunos se secaban el sudor del cuello con pañuelos rojos. Era un pueblo de tierra caliente y llevábamos poco más de un año viviendo allí. Dos policías de tránsito gesticulaban y soplaban sus silbatos intentando evacuar los automóviles que reducían la velocidad a medida que se acercaban al cuerpo cercenado, algunos se detenían, como si fueran a comprar un boleto, un tiquete. En aquella época me sentí miserable por primera vez; decanté un odio contra el ser humano que aún perdura. Me convertí, sin saberlo, y aunque creí olvidar el asunto, en un adolescente reiterativo y monotemático que, cada vez que se le presenta la oportunidad, mira el horror a través de la ventanilla del auto de su padre y luego decide bajar. O eso creía. Cercado en Montreal por una nueva ola de contagios del Covid-19 me entero de que mi viejo morirá de cáncer. Y yo me escondo bajo las sábanas, me arropo, y sueño con quedarme para siempre así, petrificado de miedo, con los ojos cerrados ante la inmensa autopista del futuro donde los locos sucumben mientras olfatean los destellos de la noche.

\*\*\*

Hace pocos días comenzó el otoño. Manchas rojas, naranjas y amarillas tiñen las arboledas. Mientras moría de cáncer de estómago, Wittgenstein escribió un tratado sobre los colores. Las ardillas cruzan la calle junto a mi casa buscando en los jardines las provisiones para el invierno. Los

carros siguen su camino con indiferencia. Leo en el periódico que al Valle de Aburrá están llegando las aves que escapan del frío del norte. Halcones, gavilanes, gallinazos de cabeza roja. Algunas atraviesan el cielo en su recorrido hacia los bosques, incluso estiran el trayecto hasta Argentina, otras se establecen en la ciudad. En el río Medellín y en los humedales de los municipios del norte del área metropolitana pueden verse patos barraquetes y águilas pescadoras. En Colombia, los patos son excesivamente perseguidos por su carne; en la costa atlántica los cazadores cocinan semillas de arroz, les agregan veneno y las esparcen en las fuentes de agua donde las aves se alimentan. Indiferentes al mundo de los hombres y al margen de sus pandemias, los pájaros repiten ciclos marcados en sus huesos y su sangre. Tal vez, alguno de esos especímenes que hace unos cuantos días sobrevolaba Montreal haya pasado la noche en un árbol frente a la urbanización donde descansa mi papá. En marzo regresarán a casa, surcarán esos cielos camino al norte, en busca de la primavera. Para entonces, lo más probable es que él haya muerto. Las noticias que me llegan no son alentadoras, tampoco claras. Cáncer de colon con metástasis hepática. Busco en Google y me hago una idea general del problema. Me doy cuenta de que el colon es el intestino grueso, y no solo su terminación, como había entendido en la escuela, también me entero de que Jarabe de Palo y Pantera Negra fallecieron por la misma causa. Y mientras muchos familiares asumen sus propias estrategias de evasión, una elección tan agotadora como la lucha a sangre fría, que van desde la confianza en el poder curativo de la divinidad hasta la resignificación del tumor que lo ponga en iguales condiciones a una úlcera, yo pregunto por WhatsApp cuánto tiempo le queda. El oncólogo no sabe, me dice, puede morir mañana mismo o durar muchos meses más, eso solo lo decidía Dios, también me recomendaba viajar inmediatamente. Ninguna de sus conclusiones me pareció



satisfactoria. Fue en ese intercambio de mensajes que descubrí que usaban la palabra “bicho” para referirse al cáncer; así también algunos llamaban al Covid-19. La odié. Odié esa especie de complicidad coloquial, casi condescendiente, con una enfermedad que surgía de tus mismas entrañas, una flema desprendida de tu código genético, tu carne comiéndose tu propia carne, tu cuerpo conspirando para autodestruirse. Pensé que una extensión maligna de los órganos, casi inaprensible, que creaba sus propios vasos sanguíneos y que lo molía todo en medio de dolores infinitos no podía ser llamada así. Incluso el tratamiento, ya sea curativo o paliativo, es contra ti mismo, ataca tu cuerpo y no a una cucaracha invasora. Ellos decían “bicho” y yo inmediatamente pensaba que estaban muy cerca de afirmar que el cáncer nos enseña cosas, y a unos cuantos metros de considerarlo una bendición, una oportunidad para conectarnos con los otros, con las cosas “realmente importantes” de la vida. Justo ahora que te mueres. En el fondo, aquello no era más que síntoma de un pensamiento fallido, como si buscaran fantasear, envalentonados, con la enfermedad o el dolor. Me pregunté si papá sería capaz de controlar el miedo. Es medio cobarde, pensé en algún momento. Luego me pregunté quién era yo para juzgarlo, para juzgar su miedo. Así empezaba esto: odiándome a mí mismo.

Cuando por fin pude hablar con él a través de una pantalla, luego de que él pasara una larga travesía por salas de urgencias y lúgubres cuartos donde había sido succionado, cortado, inyectado, dopado, irrigado, me encontré frente a ese horror que yo reclamaba en el WhatsApp como un boxeador ebrio en un bar. Su voz era otra voz. Una cascarita. Apenas levantaban vuelo sus palabras, su respiración trepanaba cada sílaba. Era una voz venida de ninguna parte, fantasmal; la silla que cruje cuando nadie se sienta en ella. Había algo al otro lado de la línea, pero no había nadie. Por eso, como buscando cerciorarme de algo, al día siguiente me comuniqué con él por videollamada. En un par de meses había envejecido veinte años. Por primera vez en su vida, y mirando de frente la pantalla con sus ojitos apagados, me dijo emocionado “estás hermoso, hijo mío”.

Esa noche, cuando caía la primera nevada del año, y en contra de cualquier bosquejo sentimental desprendido de mis elecciones estéticas, pienso en mi viejo mientras escucho a Nick Cave despedirse en el *Ghosteen* de su hijo muerto.

Las aerolíneas, mientras tanto, ante el cierre de fronteras entre Colombia y Canadá, me ofrecen largos itinerarios y especifican con asteriscos los intrincados protocolos de bioseguridad. Despertar de repente en un mundo donde la mayoría de los aviones siguen estacionados, mientras las células invasoras, los virus globales y los pájaros continúan sus trayectos. Entonces, me pregunto sobre el riesgo de mi visita. Papá se encontraba en ese momento en el apartamento de mi hermana, con quien desde hace varios años no me llevo muy bien, y aunque habíamos vuelto a hablar a raíz de la enfermedad, había dejado muy claro que no me recibiría en su casa. Quedarme en otro lugar implicaría viajar diariamente, en medio de aquel caos apocalíptico, para verlo. ¿Y si llegara a infectarlo?, ¿y si debía permanecer encerrado a causa de alguna cuarentena? Me hice esas preguntas como las haría un niño que busca resistirse a una clase en la que debe exponer una tarea de biología, como ese adolescente que en un pueblo de tierra caliente evita mirar a un muerto despedazado en la carretera.

Empecé a valorar lo improbable, que mi padre sobreviviría, y entonces, aplacé el vuelo hasta mayo. Calculé que para esa fecha él o yo ya estaríamos vacunados. También habría terminado mis clases de francés. Me digo cosas para justificar mis elecciones, pero ya sé cómo terminará esto que escribo.

\*\*\*

Había descubierto que aquello me tranquilizaba: seis horas diarias frente a una bienintencionada profesora que solo atinaba a sonreír cuando alguien se quejaba de que la escurridiza *E* se abriera o cerrara, o simplemente desapareciera, al vaivén caprichoso de una especie de moho escapado del *Trout Mask Replica*, o de que el noventa se llamara *cuatro-veinte-diez*, como en un idioma que no se ha inventado del todo. En aquel salón de clase yo era el único que hablaba español, y eso, de cierta manera, me resguardaba, creaba una distancia sanadora. Estudiábamos en un sótano cerca de la estación Berri-Uqam, pero aquello era nuestra torre de Babel privada: un texano llamado Jonathan Smith, igual que el gato de mi primera novela; un sirio pintor, estudiante de informática y con pinta de galán de telenovela turca; una rusa que no tenía muy claro cómo había colapsado la Unión Soviética y que pensaba que la fiesta de Halloween era demoníaca; un ucraniano supervisor de efectos especiales que había empezado su carrera “pintándole” dos pelos al oso que destruyó

a DiCaprio en *The Revenant*; una iraní microbióloga, amante del *fitness* y fan de René Higuita; un indio cantante que ansiaba grabar su primer disco de música romántica; una libanesa que nunca lograba acertar el género de las palabras, y se reía al fallar; un griego con la voz más bella del mundo, tanto, que provocaba atraparla en el aire y besarla; una vietnamita que no hablaba ni pizca de inglés o francés y con quien solía toparme a la salida de la estación del metro. Con ella, precisamente, recorría el corto tramo hasta la escuela. En silencio. Y siempre se lo agradecí en secreto. A veces, bajo los paraguas, giraba la cabeza hacia ella, como si buscara cerciorarme de que seguía caminando conmigo, entonces me devolvía la mirada y sonreía.

Lo que en otra época hubiese significado tedio e irritación, se convertía en estos días en una especie de terapia. Aprender un idioma nuevo es como aprender a vivir otra vez. Te enseñan los números, las letras del alfabeto, la variedad sutil y turbadora de los sonidos. Te comparten unas reglas secretas. Aspiras a dominar una lógica y a reconocer las excepciones. Poco a poco, el *Yo soy* transformado en *Je suis* alborota la ilusión de pensarse distinto. Aprendes la conjugación de los verbos esenciales para saltar la barraca y armar un campamento al otro lado: *ser, tener, poder, desear*. Uno se hace a sí mismo en la repetición. *Je me réveille à 6 h., je prends le déjeuner, je m'habille*. Repito hasta que la lengua se haga rutina, como rutinario es el cuerpo verdadero. Y a la par de ese bucear en la gramática extranjera, el volver a comenzar como un niño en sus primeros años de escuela: las reglas para escribir una carta, para sacar una cuenta de ahorros, para dar la hora, para pedir un favor. Y yo seguía cada indicación, a mis cuarenta y tantos, y a pesar de considerar muchas de aquellas señalizaciones como algo inútil, al estilo de una clase de caligrafía o digitación, con atención y esmero. Me aprendí los meses del año con el mismo fervor con el cual redactaba una tarjeta de felicitación para unos amigos imaginarios que recién se habían casado. Aprendí a decir si algo estaba sobre una superficie o simplemente más arriba con el mismo cuidado con el que antecédía un sustantivo con un determinante partitivo. Con desprecio lánguido, escenifiqué el diálogo quejica de un enfermo que va al doctor en busca de ayuda para el dolor de espalda. Poco a poco me hacía mayor en un planeta de cedillas y eses mudas mientras que el anterior se hacía pedazos. Allí renazco y asumo la certeza de que nunca más regresaré a casa.

Leo a Natalia Ginzburg:

Hay una cierta monótona uniformidad en los destinos de los hombres. Nuestras existencias se desarrollan según leyes viejas e inmutables, según una cadencia propia uniforme y vieja. Los sueños no se realizan jamás, y apenas los vemos rotos, comprendemos de pronto que las mayores alegrías de nuestra vida están fuera de la realidad. Apenas los vemos rotos, nos oprime la nostalgia por el tiempo en que bullían dentro de nosotros. Nuestra suerte transcurre en este alternarse de esperanzas y nostalgias. Mi marido murió en Roma en las cárceles de Regina Coeli, pocos meses después de que dejáramos el pueblo. Ante el horror de su muerte solitaria, ante las angustiosas alternativas que precedieron a su muerte, yo me pregunto si todo esto nos ha ocurrido a nosotros, a los mismos que compraban naranjas en la tienda de Girò y se paseaban por la nieve. Entonces yo tenía fe en un porvenir fácil y alegre, lleno de deseos satisfechos, de experiencias y de comunes empeños. Pero aquella fue la mejor época de mi vida, y sólo ahora que ha huido para siempre, sólo ahora, lo sé.

Hacerse invisible es olvidarse del cuerpo, hablar es olvidar que se habla. El enfermo, por el contrario, es alguien que recuerda constantemente su carne. Es curioso, cada vez que pensaba en él, me recordaba a mí mismo siendo niño. ¿En qué tipo de hombre me convertiré cuando mi padre haya muerto?

\*\*\*

A principios de los noventa vivíamos en Nariño, un pueblo en los límites entre Antioquia y Caldas, en el centro mismo de la nada. Allí también se experimentaban, incluso en niveles de furia mucho más desproporcionados, los ecos de la violencia narcoterrorista que estallaban diariamente en las grandes ciudades. Ya no eran solo las peleas espontáneas en las cantinas, (Nariño era el pueblo de Antioquia con más cantinas por kilómetro cuadrado del departamento) ejecutadas a machete con etílico desparpajo o los ajustes de cuentas tras un negocio truncado, sino una campaña sistemática de exterminio contra un clan familiar. Ramón Isaza, comandante paramilitar del Magdalena Medio y malhadado cómplice de Pablo Escobar, emprendió una venganza contra las personas que, a finales de los sesenta, habían asesinado a sus padres para quedarse con sus tierras. Posteriormente, como parte de la promoción del proyecto político de las AUC, y que descansaba en la construcción de una narrativa contrainsurgente, esa historia cambió: “en realidad”, había sido la guerrilla la culpable del despojo. La plaza principal de Nariño se convertía, casi cada fin de semana, en escenario de muerte. Se hablaba de sicarios que



llegaban en helicóptero desde Medellín, hacían su trabajo, y desaparecían nuevamente, esta vez como sombras que se perdían en el monte. Lo más seguro es que subieran desde La Dorada por la antigua vía Medellín-Bogotá. Lo cierto era que aparecían de repente con el estrépito del fuego. De esta forma fueron cayendo no solo los objetivos centrales de la venganza, sino también amigos, socios de los negocios, compañeros de mesa en una cafetería. Cada vez que sonaban los disparos, yo me asomaba a la ventana tratando de descubrir si alguna de aquellas víctimas era mi papá. Uno de los tantos colaterales. Prefería asomarme y ver lo que ocurría, a esconderme y esperar que me avisaran en caso de que la tragedia me concerniera. Ahora mismo me horroriza pensar que a mis trece años enfrentara la realidad de las ejecuciones como parte de mi vida cotidiana. Era natural que mataran gente como en una película de vaqueros, era natural que papá pudiese caer en un cruce de disparos o como efecto del cálculo erróneo de un asesino. Una de mis imágenes felices de siempre es verlo salir ileso por debajo de la cortina metálica a medio cerrar de una cantina. A esa edad, me parecía imposible vivir sin él. La pregunta sobre su ausencia no solo buscaba conquistar el conocimiento sobre la naturaleza del aliento espiritual y emocional que él suministraba, sino también sobre la sobrevivencia material. Sobre todo, eso, la sobrevivencia en un mundo de dinero, mujeres y carros: ¿cómo llegaría la comida a la casa?, ¿cómo pagar la luz?, ¿cómo pedir rebaja en un granero? También me preocupaba, y aquello estaba lejos de ser una simple aflicción secundaria, ser el centro de atención, el hijo de uno de los muertos. Dar la cara en el colegio. Eso me avergonzaría. Cosas de niños, creo.

La contracara de la violencia inscrita en la pérdida del padre es la pérdida del hijo. Cualquiera de los dos eventos conlleva la desaparición de ambos. Y he ahí su energía literaria.

A principios del año, una productora cinematográfica me contactó para que les ayudara a pensar un guion sobre la vida de un famoso bandolero conservador de la época de la Violencia. Aunque el interés inicial al elegir este personaje surgía del éxito mediático de algunas recreaciones audiovisuales recientes sobre criminales reales, la productora buscaba desarrollar una mirada más oscura y menos elogiosa. Lo que tenían hasta el momento, un tratamiento de veinte páginas escrito por unos guionistas mexicanos, abordaba la historia bajo una perspectiva de *thriller* melodramático, bastante

complaciente, por cierto. Algo donde podría encajar perfectamente bien Manolo Cardona, una especie de cruce entre *John Wick* y *Pasión de Gavilanes*. El principal problema de aquel enfoque, al margen de la acumulación arbitraria y abusiva de las escenas de acción, era la ausencia del componente político a la hora de establecer las motivaciones de los personajes. El bandolero pierde a su familia a manos de los liberales cuando todavía era un niño, y tiempo después, él mismo perderá a su propio hijo en una emboscada del ejército. Esos dos elementos no hubiesen ocurrido sin el marco de referencia de la confrontación bipartidista. Es por eso, concluí, que el arco dramático debería redirigirse hacia el duelo de esa infancia perdida, lo que en términos visuales y simbólicos podría ser representado mediante el enterramiento ritual de un cuerpo. El desenfreno asesino, ahora desideologizado por la traición que significó el Frente Nacional, no sería otra cosa que la búsqueda incesante de un cuerpo. De sí mismo siendo niño y de su propio hijo (¿y el de la nación también?). Yo nunca seré padre y ya hace mucho dejé de ser niño. He logrado evadir aquel estado de vulnerabilidad absoluta. No necesito a nadie que me guíe en el mundo, nunca me sentiré perdido por perder mi descendencia. El mundo, a grandes rasgos, cabe en mi mano. Papá morirá pronto, ahora estoy seguro de eso, sin embargo, él había dejado de serlo hace mucho. Él ya no tenía respuestas para mí, ninguna estrategia o clave secreta, ni siquiera era un amigo, pero aun así yo continuaba siendo su esperanza. Su hijo. Yo cumplía ese papel en la medida en que coincidían nuestros principios morales más elementales y a la hora de esforzarme por inflar su orgullo de progenitor, esa tontería histriónica de la niñez: “estoy aquí, pa, mira cómo nado de bien en el río”. Yo soy antropólogo y escritor, así que él entendía mis éxitos como excentricidades con pocos beneficios económicos que, de cuando en cuando, ameritaban alguna mención periodística, la verdadera hazaña para resaltar en las fiestas familiares. Al margen de cualquier limitación, esa fe persiste como el ritmo de la respiración. Necesariamente seré su hijo hasta el último minuto. Después de ese instante final, estaré libre y abierto para mi propia muerte.

\*\*\*

¿Te traiciono, pa, cuando dejo de pensar en tu sufrimiento?

\*\*\*

A los doce años tuve una gata gris con rayas negras. Una noche, cuando todos dormíamos, empezó a llorar, un quejido hondo y carrasposo que se esparcía por toda la casa y nos irritaba. Mi

papá, desde su cuarto y manoteando a ciegas las trazas del sueño, me gritó que la calmara de una buena vez. La acaricié un rato y le ofrecí comida, pero fue inútil, por lo que la escondí debajo de las sábanas de mi cama, intentando mantenerla quieta con inocentes sugerencias y declaraciones de cariño. Obviamente, el llamado de la naturaleza desbordaba el alcance de mi influencia. Tal vez todos ignorábamos que estaba en celo y que no estaba en nuestras manos otorgarle consuelo, pero por el simple hecho de que técnicamente el animal me pertenecía, el jefe de la casa descargó en mí, con sus fuertes reclamos, la responsabilidad de preservar la tranquilidad de la familia. Desesperado por la situación, encerré a la gata dentro de una pequeña caja de madera y la cubrí con tapetes y cobijas. El ruido que se filtraba del interior parecía el lamento de un alma atravesada por las sucias agujas con las que se cosen los recuerdos en el infierno. Algo insoportable. Tanto, que La Voz —el terrible engendrador extendía las fauces de su poder desde el interior oscuro de su cuarto como un dios desde el inaccesible olimpo— me obligó a echar al animal a la calle. Junto a su puerta lloré y supliqué por el pequeño felino, pero no pude hallar ni una pizca de compasión. Lo peor es que debía ser yo quien la sacara de la casa. ¿Qué producían en mí los gritos de aquel hombre? El miedo.

El miedo.

El miedo.

El miedo.

Se gestaba allí un abismo de sentido sobre el que intento saltar todos los días de mi vida. No lo veo, pero levanto la cabeza al frente y siento que debo sortearlo. ¿De qué estaba hecho ese grito? De la carne adiestrada en el castigo. El sudor y el temblor, las palpitations. El cuerpo recuerda el grito y yo debo alejarlo, en cada nueva ocasión, con mantras, giros verbales, hechizos, repetirme que el universo es indiferente y la muerte un murmullo, que “ellos” solo son humanos.

Llorando, tomé a la gatita y la llevé en mi pecho hasta la puerta, abrí y me detuve un momento ante el denso silencio que cubría la calle. Miré sus ojos amarillos, ¿qué habrá pensado de mí, que la traicioné, que no la quería? Caminé hasta la acera de enfrente, la besé en la cabecita y la dejé en el suelo. Entré a mi casa y me asomé por la ventana. La gata se había quedado en el mismo sitio, acurrucada, con los ojos abiertos a la noche y el llanto

tambaleando en su boca. Y como si fuera una historia de Dickens, justo en ese momento, dos borrachos pasaron caminando y al verla la patearon. El animal voló a la calle, planeando sobre las ruidosas carcajadas. Lentamente, la gata regresó al mismo sitio donde yo la había dejado y, como en esa misma historia de Dickens, algo en mí murió esa noche para siempre.

Al día siguiente, la gata ya no estaba.

\*\*\*

Cada vez que veo un “bobo” en Montreal, ese cándido ser que camina torcido y con la boca abierta echando babas, me acuerdo de Colombia.

\*\*\*

Y entonces, decidió suspender la quimioterapia. Así, de repente, optó por no continuar. Cansado del vértigo, los hipos eternos, los estreñimientos. La enfermedad empezó a engullirlo con rapidez. Envuelto en una maraña narcótica y despojado de su voz, apenas podía hablar con él. Su afonía era el reflejo físico, material, palpable, de la pérdida del ánimo. Sin voz, era un emblema; yo intentaba hablar con la idea de mi papá, ya no más con mi papá. “A través del sonido, se cuestionan los límites del mundo físico, incluso amenazados o destrozados por la inestabilidad”, advierte David Toop en su magnífica monografía *Resonancia siniestra*. Le pedí a un amigo sacerdote que lo visitara, que calmara sus angustias morales en caso de que las tuviera. Esa misma noche soñé que lo había visitado un exorcista con la pinta rococó de Elton John, y que yo detenía el ritual para permitir que su espíritu se convirtiera en un avión. Desperté llorando. Por aquellos días revisaba mi nueva novela para su publicación, una versión *Mad Max* del paramilitarismo en Colombia, y eran mis propias palabras sobre la destrucción las que me obligaban a parar y salir a caminar, a recuperar el aire que los brotes de una primavera fría dispensaban sin condiciones. La nueva estación hacía ruido: un alboroto en el cielo de los pájaros que regresaban desde el sur a Montreal. También empecé a sufrir el síndrome de la cabeza explosiva —algo que en otra época fue asociado a demonios o extraterrestres—, a sufrir de bruxismo. A pesar de todo, agradecí su malhumor de los últimos días. La rabia por tener que marcharse: “Y tú, padre mío, allá en tu cima triste, /maldíceme o bendíceme con tus fieras lágrimas, lo ruego. /No entres dócilmente en esa buena noche. /Enfúrcete, enfúrcete ante la muerte de la luz”.

\*\*\*

Me construiste una balsa de guaduas que se desbarató en medio del río y una casita de madera que llamé El búnker porque decías que era igual al de Hitler.

Me regalaste un acordeón que nunca aprendí a tocar.

Me enseñaste a manejar.

Me hiciste un semáforo de cartón para una tarea escolar que yo rechacé por encontrarlo casi perfecto.

Me dijiste que la única herencia que me ibas a dejar sería el amor al trabajo, y te fallé en eso. Tampoco aprendí a valorar el dinero.

La anécdota del billete que rasgas en dos pedazos que hacía reír a mis amigos la narré en una novela que se ganó un premio.

Me hiciste una fiesta de graduación de quinto de primaria y contrataste un mago y una bailarina semidesnuda.

Me enseñaste a ser un hombre de palabra.

Te amenazaron de muerte.

Me subiste a una moto y a un caballo antes de que cumpliera tres años. Aprendí a medir el mundo a través de su velocidad.

Me regalaste una máquina de escribir y un libro de hipnosis.

Fuiste el primero en llevar un betamax al pueblo. También el primero en vender manzanas.

Me abrazaste millones de veces y continuamente me decías que me querías.

No sabías nadar y no te gustaba el fútbol.

Le pusiste una sirena a nuestro carro y mandaste a dibujar una calavera pirata en la puerta del conductor.

Medio ebrio le preguntaste a un tío si su hijo era tan güevón como el tuyo.

Sabía cuando hablabas por teléfono con tus amantes porque no se escuchaba nada, apenas susurrabas, como si tramaras algo.

Tuviste un restaurante al que llamaste Lonchería la 33, y un bus escalera que rodó por un abismo.

Me contaste chistes de Cosiaca.

Lo primero que publiqué fue gracias a ti. Cuando tenía doce años, me convenciste de mandar a *El*

*Colombianito* una carta que promovía las cualidades turísticas de Los termales de El Espíritu Santo (un tío era su propietario).

Me apoyaste cuando te confesé que realmente estudiaba antropología.

Me invitabas a tomar aguardiente y escuchar tangos, como si fuera un amigo, un socio de algo.

Te negaste a que yo prestara el servicio militar.

Yo no quería ser como tú, lo sabías, y eso en el fondo te enorgullecía.

Te llamabas Gustavo.

\*\*\*

Es lunes, son las cuatro y media de la tarde y papá ya no está en la Tierra. Suena Green Grass en Spotify cuando leo el mensaje en el teléfono. Mi hermano menor me envía un video de cinco segundos de su agonía. Sus ojos perdidos; ya solo estaba el animal, cuerpo que se extingue. Lo borro de inmediato, pero sé que nunca olvidaré esa imagen. Por los rigores de la pandemia, solo será cremado dos días después. Pensé en su cuerpo muerto, cuerpo rígido, amortajado, quemado. Su carne abrasada por la candela, sus ojos derritiéndose, su pelo chamuscado, y luego los huesos triturados. Su calavera, ser sin ser. Murió y la vida sigue transcurriendo igual. Como si quisiera ofenderme. La tarde insiste en seguir siendo tarde, aquí, sobre las gradas de la cancha de fútbol americano desde donde busco la forma de comprender su partida. Pero no hay ninguna razón ni significación más allá del fenecer. No es algo que pasó por algo, una *concordancia*, como tampoco la palabra *pedra* o *pierre* esconden nada que las vinculen al mineral. Este silencio. Este silencio por todas partes. Una certeza: Nunca podré hallarlo nuevamente. Ahora tiene el rostro que tenía cuando yo era niño.

Los padres son una cosa potentísima de la naturaleza. Siempre han estado ahí, no aparecieron, eran parte del flujo fijo de las cosas, del ensamble de la realidad, como el sol, la lluvia, las calles. Antes de tener conciencia de nosotros mismos, ellos ya nos conocían. ¿Cómo es posible que algo así pueda desaparecer? ¿Cómo es posible que de repente desaparezca un río, una montaña, el viento? Recuerdo cuando él me preguntaba, como queriendo conocer un secreto y con la esperanza de obtener la respuesta correcta de un antropólogo, qué sucedía después de la muerte. No pasa nada, pa, le decía, todo se acaba. Luego se agarraba la quijada y se quedaba pensando.

Seguía embargado por la duda. Ahora solo yo puedo darme cuenta de que no me equivocaba.

Ya no tengo a nadie a quien me interese sorprender.

Mientras tanto, termino mi quinto nivel de francés. Por una extraña coincidencia, la profesora argelina nos confiesa que hace un año perdió a su esposo, y la estudiante rusa, hace apenas un par de meses, a su madre. Ambos por el coronavirus. La palabra muerte en francés es una palabra difícil de conjugar, incluso en pasado compuesto. Se expande el silencio en las pantallas de Teams y siento que puedo ponerme a llorar en cualquier momento. Yo solo era un punto en un mar de oscuridad. Me hallaba en el estado emocional contrario al que exaltan las ceremonias fúnebres, sin interés por declarar la importancia de mi propio muerto. De ningún muerto. Durante mucho tiempo la pandemia será el tema frecuente de las conversaciones, una fórmula para romper el hielo. A los tocados por la tragedia, aunque en algunos casos no hubiese sido por el virus, nos embargará el desafío de escoger la respuesta ante la pregunta recurrente de la pérdida que constantemente realizarán los demás. En mi caso, tal vez eluda la invitación a participar de algún protagonismo mórbido contando que durante ese par de años intenté aprender francés. Una anécdota inferior. Me serena el hecho de que todos morirán, esa constatación cercana. Perder a alguien es hacerse más pequeño, liberarse un poco del propio peso, una condición que deberíamos cultivar como norma de vida. Reconocernos entre todos al vernos de frente a la misma altura. No más personas inigualables. Repetirnos, como repetimos las palabras de un idioma nuevo hasta que todo sea invisible y así, tal vez, perdiendo la conciencia del sentido, recuperar el orden del mundo. 🌑